

IDEAS PENETRANTES

EFICACIA Y PRECISION

A los espíritus chatos:

«Un grano no hace granero,
pero ayuda al compañero.»

Es difícil y trabajo para la imaginación y para la mano el tomar la pluma en determinadas circunstancias, sobre todo si éstas son luctuosas. Pero mucho mayor es el esfuerzo cuando en este último penoso caso la persona es de toda nuestra afectación por varios motivos: un escritor admirado, un historiador ilustre y un amigo excepcional. Porque este título de amistad lo pueden exhibir muchas personas, aunque jamás hubieran cruzado una palabra con él o no hubieran recibido ni una sola letra autógrafa de su mano.



Luego, sobre todas estas consideraciones penosas de índole general, están las puramente personales: cariño, amistad, sus libros, cosas directas y sustantivas: su aliento continuo por nuestro quehacer en España y por Toledo, por el Arte y la Historia, por la comunidad y por el individuo.

También podríamos consignar en esta breve y seca enumeración de motivaciones, ese acervo cultural, esa herencia comunitaria que nos dejaron nuestros mayores y que recibimos a través de nuestro padre: ese padre nuestro que de vivir tendría la edad precisa del hombre desaparecido. Gregorio Marañón, magnífico administrador y acrecentador de ese patrimonio espiritual que hemos recibido tan sólo en depósito, porque pertenece a todos los españoles, los que han sido y los que serán.

Por último, pesa en nuestro ánimo un proyecto fallido. Nuestro deseo, en vías de realización, de haber llevado a cabo un acabado trabajo sobre Marañón y Toledo, su obra y su proyección. Un trabajo crítico, sincero, en el que hubiéramos comentado muchas cosas marañonianas, libremente, críticamente —crítica no es seguro reproche— y aun corriendo el peligro de que los espíritus chatos de siempre nos hubieran lanzado a la cara nuestro limitado pedestal, si es que tenemos alguno: desde el suelo, con los pies asentados firmemente en esa realidad que es la madre tierra, se habla muy bien y se dialoga magníficamente. Posiblemente, hasta nos hubiéramos atrevido a disentir, quizá por placer o acaso razonadamente, porque todo hombre, además de ser libre, puede equivocarse: Marañón era un ser humano, al igual que nosotros.

Pero este placer de disentir, críticamente, a plena conciencia, y la promesa de una relación deleitable y deleitosa en el que fué Cigarral de Menores, ya no es posible.

Nosotros teníamos un proyecto para el mes de Mayo: Marañón se nos fué antes de que llegase el mes de las flores. Ese mes de Mayo que no sabemos por qué se nos anuncia más radiante que otras veces —designio de la naturaleza— en este Toledo que fué de sus amores.

Hoy, aun a pesar de todo, debemos administrar de una forma recta la herencia que Gregorio Marañón nos ha legado.

No debemos contentarnos con el deleite que nos produce la lectura de sus obras, la información y los juicios

que emite en sus textos históricos, con su sabiduría médica, con la riqueza de su prosa brillante.

Debemos ir más lejos: debemos abordar el estudio del «porqué» de todo ello. El idioma se transforma, los conocimientos se superan, y los juicios, variada una premisa, el silogismo se tambalea.

Pero hay algo que puede quedar para siempre: toda obra humana puede dejar un poso, un algo que quede hasta el final de los tiempos.

El ejemplo de su trabajo, la búsqueda de las ideas fundamen-

tales del maestro, la motivación última de sus actos.

Su misma forma de expresión, no gramatical, sino metódica. *En sentido figurado*, y como se hace con los grandes filósofos, un estudio de la colocación en sus oraciones, del verbo y el predicado: el sujeto siempre ha sido conocido y exacto: el hombre. Hay que llegar a conocer la metodología de sus exposiciones; porque las ideas que él consideraba en cada caso fundamentales, las convertía en ideas penetrantes con una eficacia y una precisión difíciles de resistir. Ideas que se adueñaban de uno de forma imperceptible, no a pesar nuestro, sino a placer nuestro. ¿Acaso porque antes había preparado el campo de nuestra imaginación, creando un ambiente de serena imparcialidad; una fuerte conciencia de la justicia y la verdad que defendía el escritor? ¿Entonces es cuando tras de un «pero» —conjunción adversativa— venía a sembrar su idea penetrante, fundamental, en un terreno abonado? No sabemos. Quizás.

Pero aún hay más: Gregorio Marañón era un hombre público, en la acepción más noble de la palabra; era un hombre, y es —como ahora se dice en olor de multitud—. Nos remitimos al dolor popular, a las expresiones sentidas de los intelectuales, a las manifestaciones de duelo que en todo el mundo se produjeron.

Su vida nos pertenece por entero: su vida y su obra. Ya es Historia: historia general, de la civilización, de la cultura, del arte, de la literatura. De lo que sea, pero Historia al fin.

Como un deber, tenemos que abordar la ímproba labor de desmenuzar su vida: con amor, con justicia, con infinita comprensión. Antes de que desaparezcan algunos hombres que eran maduros cuando Marañón era joven. Antes de que la sedida borre lo que debe quedar. Antes de que alguien quiera alzarse particularmente con una herencia —ideal—, que es de todos.

El «porqué» de todo. Su vida, su obra, su quehacer humano privado, su ética política. El suceso, la situación y su circunstancia. Sus rectificaciones y su penitencia: todos rectificamos y muchos nos autopurgamos, en la espera.

Por ahora, no nos sentimos con fuerzas. Nos imponemos un paréntesis de meditación y trabajo.

Con el ejemplo de su vida de trabajador y con la admiración de siempre.

FERNANDO ESPEJO